

**Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores, Comercio e  
Integración, Encargado, Embajador Lautaro Pozo  
en la Ceremonia Inaugural de la  
IX Conferencia Sudamericana sobre Migraciones  
Quito, 21 de Septiembre de 2009**

**(Vocativos)**

Es para mí un motivo de especial satisfacción el darles a ustedes la más cordial bienvenida a Quito, Patrimonio Cultural de la Humanidad, ciudad que se precia de recibir siempre con sus brazos abiertos a todos los que la visitan.

Para el Gobierno del Ecuador, la circunstancia de ser nuevamente sede de la Conferencia Sudamericana sobre Migraciones es también causa de enorme complacencia, especialmente si se toma en consideración la alta prioridad que le confiere al tema migratorio.

Permítanme iniciar mi intervención señalando un aspecto que no hay como soslayar: la presencia de más de doscientos millones de personas en países que no son los que los vieron nacer, constituye la demostración más

fehaciente de la pervivencia de un orden internacional asimétrico e injusto, que persistentemente profundiza las desigualdades. La última gran expresión de la movilidad humana, esta gran oleada migratoria de finales del Siglo XX y principios del actual, implica directamente a más del 3,5% de la población mundial. En países como el Ecuador, el número se estima que al menos el 14% de su población radica fuera del país, , cifra que no puede convertirse en simple dato estadístico por el enorme sacrificio personal, familiar y social que ésta implica.

La dimensión creciente de las migraciones ha tenido como consecuencia natural su incorporación en la agenda pública internacional y una correlativa preocupación de los Estados de origen, tránsito y destino por generar políticas que den respuesta a las nuevas realidades, problemas, oportunidades y desafíos. La necesidad de “gobernar” las migraciones se ha hecho patente con especial intensidad en el último decenio. A su vez, la propia naturaleza, compleja y multidimensional tanto de los factores de atracción y expulsión, como la formación de redes y circuitos migratorios de personas y las propias dinámicas del actual sistema-mundo globalizado, nos debe llevar a analizar la realidad migratoria desde la integralidad de las causas estructurales, las causas coyunturales y las implicaciones que ésta acarrea.

Pensar las migraciones hoy en día supone, por tanto, necesariamente, revisar las razones profundas que explican, estructuran y modulan la movilidad humana a escala internacional. Para ello, y con profundo sentido autocrítico, debemos pasar revista a las políticas que nuestros propios países han puesto en marcha para solucionar nuestros más elementales problemas: la pobreza, la desigualdad en el acceso a las oportunidades para el desarrollo humano, la extrema dependencia de nuestras economías respecto del exterior, las relaciones inequitativas del intercambio comercial, la debilidad estructural de nuestros sistemas productivos, la deficiencia de los servicios e infraestructuras sociales básicos, la ausencia de planificación en los modelos de desarrollo, los problemas medio-ambientales y el impacto humano de las catástrofes a las que nuestros países están especialmente expuestos...Problemas que en muchos casos se encuentra el origen de la movilidad forzada de millones de nuestros compatriotas. Deplorablemente, ninguna de esas políticas ha servido para solucionarlos.

Este balance, necesariamente crítico respecto de las políticas pasadas, debe provocar una transformación profunda en la manera de entender las relaciones internacionales y un nuevo y decidido modo de generar políticas pertinentes y relevantes, que logren acometer el que debe ser el principal objetivo de la acción pública: la mejora generalizada,

equitativa y sustentable de las condiciones de vida de las personas y de los colectivos. En definitiva lograr el tan ansiado “sumak Kausai o buen vivir” como lo hemos denominado aquí en Ecuador en nuestra Constitución.

En primer lugar, para lograr tales sueños, permanece siempre como reto fundamental el continuar el avance hacia nuestra integración. Desunidos, es muy difícil avanzar. Unidos, sí lo podremos. Para lograrlo, la Comunidad Andina de Naciones, el MERCOSUR, y la consolidación de la UNASUR, son piedras angulares sobre las que deben descansar los esfuerzos de Sudamérica; ningún obstáculo, ningún elemento de discordia, por insalvable que pudiera aparecérsenos, debe apartarnos de la necesaria convergencia, del irrenunciable designio de alcanzar el sueño de Bolívar y Martín de una unidad de pueblos hermanos en nuestro Continente. Tenemos -como alguna vez lo dijo el compañero Presidente Rafael Correa-, que alcanzar una “América Latina de los Pueblos”, que es la que necesitamos y defendemos, antes que aquella “América Latina de los Mercados y los Capitales”. Una América Latina francamente humanista, en la que la libre movilidad sea una de las características de su proceso de integración y para eso, espacios como los que ofrece **la UNASUR debemos saber aprovecharlos para fortalecer nuestros diálogos materia migratoria.**

Un segundo desafío es avanzar hacia un modelo de desarrollo humano que corrija las desigualdades sociales que subsisten en nuestra región, como una característica lamentable que nos viene acompañando desde tiempos remotos; un modelo o modelos, tan diversos como nuestras realidades lo requieran, que proporcionen reales y mejores condiciones de vida para el conjunto de nuestros ciudadanos y ciudadanas y que incluya a los “olvidados de siempre” como han sido nuestros pueblos indígenas, afrodescendientes, mujeres, niños y migrantes. El gobierno del Ecuador cree, en este sentido, que es fundamental el repensar el desarrollo desde la centralidad de las personas y no desde el capital, no sólo porque la actual crisis económica mundial nos devela la patente fragilidad y limitaciones del modelo imperante, sino porque el desencanto de nuestros ciudadanos y ciudadanas debe encontrar un término de una vez por todas y, porque las relaciones entre el modelo de crecimiento realmente existente y el equilibrio ecológico han llegado a un punto crítico de incompatibilidad.

Por eso es importante repensar y redefinir lo que entendemos por desarrollo y desmitificar las ecuaciones simples que se han planteado entre migración y desarrollo. Por este segundo concepto, nosotros como país entendemos, tal como está en el Plan Nacional, la consecuencia del buen vivir de todos y todas, en paz y armonía con la naturaleza y la prolongación indefinida de las culturas humanas. El buen vivir presupone que las

libertades, oportunidades, capacidades y potencialidades reales de los individuos se amplíen de modo que permitan lograr simultáneamente aquello que la sociedad, los territorios, las diversas identidades colectivas y cada uno –visto como un ser humano universal y particular a la vez- valora como objetivo de vida deseable. Dicho concepto de desarrollo nos obliga a reconocernos, comprendernos y valorarnos unos a otros a fin de posibilitar la autorrealización de un porvenir compartido.

Consideramos que es impostergable repensar estos términos, mucho más en la coyuntura actual de crisis global en la que vivimos en donde nuestros migrantes se han visto tremendamente afectados ya que por un lado, son los últimos contratados y los primeros despedidos y, en otros casos, los trabajadores migrantes ya sea los calificados o no calificados, se han convertido en instrumentos claves para el manejo de la crisis.

En tercer lugar, y ligado íntimamente a los dos desafíos anteriores, está el de conseguir la recuperación soberana y la preservación y el uso racional de nuestros recursos naturales, -principal capital con el que contamos junto con nuestro cada vez más promisorio y competitivo talento humano - para garantizar una vida digna para nuestros pueblos.

Por último, pero no por ello menos importante, el cuarto gran desafío que afrontamos en estos inicios del siglo XXI es la cuestión de la movilidad humana, dentro y fuera de nuestras fronteras, y la cuestión, más extensiva y general, de los derechos de las personas migrantes en todo el Mundo.

Se puede colegir, que la salida masiva de nuestros compatriotas hacia destinos más promisorios es síntoma de que las tres grandes cuestiones que he apuntado anteriormente siguen estando irresueltas. Una vez que hayamos cumplido con los objetivos trazados desde la acción pública en todos los ámbitos -educación, salud, empleo, infraestructuras - podremos hablar positivamente de una migración y de una permanencia verdaderamente libres, voluntarias, dignas, y que constituyan alternativas reales para nuestros ciudadanos y ciudadanas.

Para el Gobierno de la Revolución Ciudadana esta IX Conferencia Sudamericana sobre Migraciones, que me es grato declararla inaugurada, constituye un paso de gran importancia en la consolidación de este diálogo fructífero en el que la Región está empeñada, diálogo que nos llevará, como dice el lema escogido para esta Conferencia, a construir una política migratoria regional, cada vez más humana, cada vez más digna, cada vez mas justa. Hacia eso debemos apuntar...

Les auguro el mejor de los éxitos en sus deliberaciones.

Muchas gracias.